

JOSÉ GIL OLMOS

El impacto de un conflicto en el periodismo mexicano¹

Ninguno de los conflictos ocurridos en México durante el siglo XX impactó tanto en la prensa mexicana como el que comenzó el 1 de enero de 1994 en Chiapas con el alzamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Con el rostro cubierto con oscuros pasamontañas, los indígenas mayas se convirtieron en el símbolo de la lucha de los pueblos indios de México contra la pobreza y el olvido al que habían sido sometidos a lo largo de más de cinco siglos. Su levantamiento desestabilizó al Gobierno y sacudió con fuerza el periodismo mexicano, que rompió su relación de dependencia respecto al poder político. La crisis de Chiapas dio paso a una prensa más libre en México.

José Gil Olmos es periodista de la revista mexicana *Proceso*. Entre 1994 y 1998 fue corresponsal del periódico *La Jornada* en el conflicto de Chiapas

Antes del conflicto chiapaneco, la prensa mexicana y la mayoría de los periodistas servían de comparsas al Gobierno del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Durante décadas, pocos medios se atrevieron a informar al margen de la verdad oficial.²

La sacudida de la declaración de guerra lanzada por el EZLN en 1994 alteró esa situación de dependencia de la prensa respecto al poder gubernamental. Los

¹ Este artículo es un resumen de la tesis “El papel de los reporteros en el conflicto chiapaneco 1994-1998”, con la que el autor se licenció en Periodismo y Comunicación Colectiva en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

² El periódico *Excelsior*, dirigido por Julio Scherer, fue una excepción y por ello recibió un golpe en 1976 ordenado por el presidente Luis Echeverría. Paradójicamente, el golpe a *Excelsior* sirvió para que un grupo de periodistas mexicanos diera el primer paso hacia el periodismo independiente con la creación de la revista *Proceso* ese mismo año y, años más tarde, los diarios *Uno más uno* y *La Jornada*. Actualmente, sólo la revista y el último de estos periódicos mantienen una línea crítica. *Uno más uno* fue adquirido por un grupo de empresarios ligados al PRI.

medios se vieron obligados a informar de los acontecimientos de Chiapas sin el yugo de la censura oficial, pues así lo exigió la ciudadanía, cansada de conocer únicamente la versión oficial.

Aquel año fue tan impetuosa la presencia y el trabajo de los periodistas y de los medios mexicanos, que éstos se convirtieron en actores importantes del conflicto, llegando incluso a incidir en su desarrollo. En Chiapas, la prensa mexicana tuvo por primera vez un papel protagonista en el escenario político, algo que con el paso del tiempo se ha reafirmado y ha tenido algunas consecuencias.

El “tercer ejército”

Cuando en las primeras horas del 1 de enero de 1994 se supo que un grupo indígena armado había declarado la guerra al Gobierno y al ejército mexicanos –algunos edificios oficiales en la montaña y a la entrada de la selva Lacandona fueron asaltados–, cientos de reporteros fuimos enviados a la zona para cubrir lo que estaba sucediendo. Más de 1.500 periodistas, técnicos, fotógrafos y cámaras de televisión se congregaron en Chiapas.

La mayoría de los reporteros mexicanos no teníamos otra preparación periodística que la obtenida en años de trabajo en salas de prensa, conferencias, sesiones legislativas, entrevistas en oficinas y giras electorales. Muy pocos contaban con cierta experiencia en la cobertura de conflictos armados como las guerras de El Salvador, Nicaragua y Guatemala.

Muchos estábamos ligados a las viejas prácticas de trabajo, supeditadas a la oficialidad de la información gubernamental. Así fuimos a Chiapas a cubrir “la guerra sin fusil” (como se dice coloquialmente en México), es decir, sin el conocimiento básico del territorio, ignorantes de los códigos de ética para trabajar en conflictos armados, sin protección alguna en caso de enfrentamiento e incluso algunos sin recursos económicos.

Casi todos los periodistas llegamos a San Cristóbal de las Casas y ocupamos sus hoteles, transformando esta ciudad colonial fundada en 1528 por el capitán español Diego de Mazariegos en un centro de información globalizado como no se había visto en la historia del país. A los indígenas y mestizos que poblaban sus calles desde hacía siglos se agregó un numeroso grupo de corresponsales procedentes de España, Francia, Italia, Inglaterra, EEUU, Centroamérica y Suramérica que inmediatamente se unió a los periodistas mexicanos intercambiando información y, por supuesto, compitiendo por ella. Éramos el “tercer ejército”.

La llegada de tantos informadores a un lugar para competir por la misma información fue algo inédito en México. También fue una novedad para la prensa mexicana cubrir la aparición de un ejército como el EZLN, que pronto se convirtió en un hecho relevante de la historia nacional. La entrada del EZLN en la escena política abrió un periodo de cambios que afectaron a la permanencia en el poder del PRI y trastocaron el dominio gubernamental de los medios.

Además, la guerrilla chiapaneca llenó el vacío informativo que dejaron los ejércitos rebeldes de Centroamérica. Durante más de tres décadas –como fue el caso de Guatemala–, éstos proporcionaron suficiente información a muchos correspon-

sales de guerra que, cuando se firmaron los acuerdos de paz en Nicaragua y El Salvador, se encontraron sin saber qué hacer. La declaración de guerra emitida por los rebeldes zapatistas atrajo la atención de algunos viejos corresponsales. Sin embargo, estos reporteros pronto dejaron la plaza, aburridos por la “tensa calma” que siguió a la declaración del cese del fuego emitida por el Gobierno de Carlos Salinas de Gortari el 12 de enero.

Los periodistas mexicanos y extranjeros que nos instalamos en Chiapas para cubrir la información —ésta surgía principalmente del EZLN— descubrimos el mundo indígena que estaba detrás de los zapatistas. Un mundo que los historiadores, lingüistas y antropólogos ya habían descubierto, pero que los periodistas nos encargamos de difundir a todo el mundo como no hubieran podido hacerlo los científicos sociales.

A diferencia de los movimientos guerrilleros que existieron en México en la década de los años setenta, esta vez teníamos enfrente a un ejército regular —con bandera, himno, territorio, tropas y armamento— que demandaba el reconocimiento como ejército beligerante bajo las leyes internacionales sobre armisticios. Esta situación nos puso en unas circunstancias completamente distintas a las que tuvieron los reporteros que décadas atrás cubrieron las acciones esporádicas que los grupos guerrilleros realizaron en varias regiones y ciudades del país. Ahora no se trataba de pequeños grupos guerrilleros que atacaban de manera intermitente, cubiertos en la clandestinidad y con la vieja táctica de atacar y retroceder. Estábamos ante un ejército rebelde que se había apropiado de una zona del territorio nacional que con el tiempo declararían como un territorio autónomo, aunque no independiente, gobernado por indígenas mayas que hasta entonces habían sido ignorados por la historia oficial. “Está usted en territorio rebelde autónomo zapatista”. Esta frase todavía se puede leer en algunas zonas de Chiapas.

“La noticia soy yo” y el zapatour

Por la inusitada naturaleza del acontecimiento y la enorme difusión de los enfrentamientos, pronto los reporteros comenzamos a destacar como personajes importantes en el escenario chiapaneco. Desde los primeros meses del conflicto, este protagonismo cayó en los excesos y algunos periodistas mexicanos llegaron a expresar “la noticia soy yo”, anteponiéndose a los acontecimientos y a los verdaderos actores del conflicto, y dejando a un lado la tarea de informar sobre los hechos que ocurrían.

Otros, presionados por la competencia de obtener información exclusiva, llegaron a ofrecer dinero a los mandos indígenas con tal de que les concedieran una entrevista. Y algunos más rozaron el surrealismo al inventar reuniones en algún parque o en cierto restaurante de San Cristóbal con el subcomandante Marcos, personaje que centró las miradas de todo el mundo al convertirse en el caudillo del movimiento indígena. De alguna forma, Chiapas fue el espejo en el que se reflejaron las deficiencias y virtudes del periodismo mexicano.

Este protagonismo mediático fue aprovechado de inmediato por los dirigentes rebeldes en general y por Marcos en particular, que encontró en los medios, y

*Algunos
periodistas
mexicanos
llegaron a
expresar “la
noticia soy
yo”,
anteponién-
dose a los
acontecimien-
tos y a los
verdaderos
actores del
conflicto*

sobre todo en algunos periodistas, unos canales ideales para difundir su causa y, al mismo tiempo, marcó las pautas y el ritmo del diferendo a nivel político y militar. Sus comunicados y cartas, en los que mezclaba la literatura, la política y la retórica, se hicieron famosos y se convirtieron en su principal arma de lucha.

Marcos no fue el único en aprovechar el protagonismo de los reporteros mexicanos. Los agentes de turismo de la ciudad inauguraron las excursiones a las zonas indígenas donde supuestamente estaban los mandos del EZLN. La agencia de viajes *Los anfitriones* organizó viajes que costaban entre 200 y 500 dólares. Más tarde, este negocio lo tomaron algunos mercenarios del periodismo que estafaron a corresponsales extranjeros, sobre todo a presentadores de televisión, haciéndoles creer que estaban ante los jefes del EZLN, cuando en realidad eran simples indígenas de los alrededores de San Cristóbal. Así nació el famoso *zapatour*, término que, paradójicamente, ahora utilizan los simpatizantes del EZLN para referirse a las giras que han realizado los zapatistas por varias regiones del país, y a las visitas que se hacen a la selva Lacandona en busca de los “verdaderos hombres”.³

Los periodistas ante el espejo

A partir de los primeros días de enero de 1994, los periodistas —el “tercer ejército”— fuimos transformando paulatinamente nuestro papel de observadores e informadores en el de actores del conflicto armado.

En 1994, el Gobierno autoritario del PRI se hallaba debilitado estructuralmente por los continuos escándalos de corrupción y las peleas intestinas por el poder. Esta situación permitió a los medios y a los reporteros mexicanos conseguir mayores espacios de independencia y autonomía. Así lo explican dos experimentados periodistas que dirigen dos de los medios más importantes de la prensa mexicana.

Carlos Payán, fundador del diario *La Jornada*, cita al filósofo alemán Peter Sloterdijk en su obra *En el mismo barco* y argumenta: “Cuando la elite en el poder se pelea entre sí, suelta las amarras y avanzan los medios”. El viejo integrante del Partido Comunista Mexicano explica que las elites, esencialmente las del PRI, estaban tan ocupadas en la pelea por el poder que incluso cuando se produjeron los asesinatos del candidato presidencial Luis Donaldo Colosio y del líder del PRI José Francisco Ruiz Massieu dejaron de poner atención en los sistemas de control, y los medios aprovecharon la situación para dar una cobertura informativa inusualmente amplia al grupo rebelde.

Rafael Rodríguez Castañeda, director de *Proceso*, una destacada revista política, argumenta que el presidente Carlos Salinas de Gortari asentó, sin quererlo, las bases para que la prensa mexicana comenzara su distanciamiento del régimen de partido único. Salinas inició el proceso de venta de la Productora e Importadora de Papel, S. A. (Pipsa), de propiedad estatal. A través de esta sociedad se mono-

³ Con esta expresión denominó el subcomandante Marcos a los indígenas chiapanecos miembros de su ejército.

polizaba la producción e importación de papel que utilizaban periódicos y revistas para sus ediciones. De este modo, si algún medio escrito no reflejaba debidamente la información oficial, se le retiraba el suministro de papel.

Este presidente, uno de los más personalistas, autoritarios y corruptos que ha tenido México, quería dar una imagen internacional favorable, pues entre sus planes estaba dirigir la Organización Mundial de Comercio (OMC) o la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Con este objetivo creó las bases para regular la venta de publicidad de la prensa mexicana, que se ha mantenido como su principal fuente de ingreso.

Salinas también permitió que las empresas periodísticas pagasen los viajes nacionales e internacionales de sus reporteros, quebrantando así la vieja tradición gubernamental de pagar a los periodistas todos sus gastos e incluso darles dinero en efectivo o en especie.⁴

Además, la prensa mexicana descubrió que la venta de información creíble era un excelente negocio –señala Rodríguez Castañeda– y algunos medios y periodistas mexicanos pensaron: “¡Carajo! ¿Qué tal si comienzo a decir las cosas tal como son? Me va bien, no me pasa nada. Y no sólo eso: me aprecio a mí mismo, la gente me compra y toma en cuenta lo que digo”.

El impacto chiapaneco en los medios

Antes del conflicto en Chiapas la mayoría de los medios mexicanos transmitía la verdad oficial sin ningún rubor, aunque fuera evidente que no correspondía a la realidad. La ciudadanía percibía a los medios y a los periodistas como comparsas del Gobierno o del PRI, que les suministraban una importante subvención a través de convenios de publicidad o de concesiones para estaciones de radio y televisión.⁵

Sin embargo, el conflicto armado chiapaneco influyó en la prensa mexicana en tres aspectos esenciales: en la forma de hacer el trabajo periodístico, en el desarrollo del periodismo y en su relación con el poder gubernamental. Se produjo un cambio necesario en las técnicas y herramientas de investigación e incluso en las posiciones políticas de los reporteros para tratar de explicar lo que estaba ocurriendo en aquel conflicto, que tenía y tiene –el EZLN aún no ha retirado la declaración de guerra– hondas raíces históricas.

También la exigencia de la sociedad mexicana de tener una información veraz obligó a los periodistas a utilizar formas alternativas de trabajo, opuestas a la tradicional rutina basada en la reproducción del boletín o la declaración oficial. La veracidad de la información implicaba la confirmación de datos, la investigación de campo y la apertura de nuevas fuentes de información más críticas y ajenas a las oficiales.

⁴ En el argot periodístico mexicano se llama *chayote*, en referencia a un vegetal espinoso por fuera pero sabroso por dentro.

⁵ Incluso hubo empresarios como Emilio Azcárraga, dueño de Televisa, la cadena de televisión más importante de México, que alguna vez se autodefinieron como “soldados del PRI”.

La irrupción del zapatismo mostró que informar con veracidad, al margen de la versión oficial, es un buen negocio en términos económicos

La irrupción del zapatismo mostró a los dueños de los medios y a los periodistas una faceta del negocio periodístico hasta entonces ignorada: que informar con veracidad, al margen de la versión oficial, es un buen negocio en términos económicos y, al mismo tiempo, genera una imagen de credibilidad que obliga a los actores políticos a tener en cuenta a la prensa a la hora de tomar decisiones.

En definitiva, se reveló que la información es una mercancía “cuya venta y difusión pueden proporcionar importantes beneficios”, como señala el periodista y escritor polaco Ryszard Kapuscinsky.⁶ En ese tiempo, las noticias sobre Chiapas vendían muy bien. Las cadenas privadas consiguieron los índices de audiencia más elevados en sus telediarios e incluso en ocasiones interrumpieron sus programas comerciales para transmitir en directo los hechos que ocurrían en Chiapas, como la liberación del general Absalón Castellanos el 16 de febrero de 1994. Evidentemente, esta coyuntura fue aprovechada por periódicos como *La Jornada*, que elevó su tirada de 60.000 a 170.000 ejemplares, o por revistas como *Proceso*, que pasó de 80.000 a 300.000 ejemplares semanales.

Todos estos datos llevan a una segunda conclusión. El conflicto chiapaneco, en tanto que suceso convertido en noticia, rompió las convenciones políticas e informativas establecidas en México hasta entonces y dio lugar a un fenómeno sin precedentes en el país: una prensa más libre.

Varios factores contribuyeron a ello. Del lado político, la crisis del régimen en el poder y las nuevas condiciones de independencia creadas por el propio Gobierno; del lado tecnológico, la llegada de nuevos instrumentos de comunicación y difusión como el teléfono móvil y satelital, internet y las transmisiones televisivas en directo vía satélite, que mostraron el diferendo de Chiapas a todo el mundo.

Algunas de las nuevas tecnologías ya habían sido utilizadas en las guerras de Irán e Irak, pero en Chiapas otorgaron al enfrentamiento una difusión inusitada que provocó un fenómeno mediático pocas veces visto en México: el público sintió que estaba en el centro del conflicto, escuchando las balas y bombardeos, a pesar de que se encontraba muy lejos, a cientos de kilómetros de la montaña y de la selva Lacandona. Este acercamiento virtual provocado por los medios y el vasto trabajo de los periodistas fue lo que, de alguna manera, motivó la salida a las calles de amplios grupos de la sociedad mexicana el 12 de enero de 1994, lo que obligó al Gobierno de Salinas a declarar el cese del fuego.

En este punto reside la novedad. Antes del conflicto chiapaneco, nunca los reporteros y los medios de comunicación mexicanos habíamos tenido incidencia directa en el desarrollo de los acontecimientos. Chiapas fue el primer antecedente de este fenómeno informativo, en el que los reporteros y los medios nos convertimos en actores protagonistas de un suceso. Y ese protagonismo incidió en la concepción y aplicación de los conceptos tradicionales de objetividad e imparcialidad informativa en tiempos de conflicto.

En Chiapas, ni los informadores ni los medios fuimos espejos asépticos de la realidad social por diversas razones: estuvimos influidos por las causas que dieron origen al levantamiento, tomamos partido por algún personaje, nos convertimos en

⁶ Ryszard Kapuscinsky, “¿Reflejan los media la realidad del mundo?”, *Le Monde Diplomatique*, julio-agosto de 1999.

actores del escenario e interpretamos lo que percibimos de la realidad chiapaneca antes de presentarlo como noticia.

“El periodista especializado en conflictos armados debe ser consciente de que se enfrenta a una tragedia humana, con terribles consecuencias futuras, donde todas las partes están perdiendo. Debe entender que en medio de la guerra –o del conflicto armado, como fue nuestro caso–, no hay objetividad; la cubrimos para que se acabe lo más rápido posible y para que se produzca la menor cantidad de muertos”, señala Ryszard Kapuscinsky en un foro sobre la misión del periodista celebrado el 17 de agosto de 2000 en Bogotá.

No fuimos objetivos ni imparciales por incapacidad, sino porque en situaciones extremas como una guerra o un conflicto armado se toman posiciones. Factores como el descubrimiento de la tragedia representada por muertos, heridos y desplazados por la guerra; las denuncias de marginación, racismo y olvido que ocasionaron el alzamiento; la revelación de la existencia de haciendas donde los indígenas eran tratados por los caciques como siervos – quizá hoy lo sigan sufriendo–; y formar parte fundamental de las estrategias de propaganda de los dos bandos, tuvieron serias implicaciones en nuestro trabajo periodístico.

Chiapas significó para algunos periodistas y medios mexicanos el reto de enfrentarse a circunstancias nuevas de trabajo y aplicar otros conceptos importantes en la labor periodística, como la rigurosidad, el profesionalismo, la comprobación de datos y acudir a las fuentes informativas, y no solo a las oficiales. Contrariamente a lo que se ha dicho, el protagonismo de los reporteros no menoscabó la propia tarea periodística. En realidad, las circunstancias adversas ayudaron a impulsar el compromiso social de los medios y, al mismo tiempo, favorecieron la recuperación de la credibilidad en la figura de los reporteros, tan denostada por su papel de componenda con el régimen priísta.

La decisión de algunos periodistas y medios de denunciar las condiciones de los pueblos indígenas fue más apreciada por la sociedad que la de aquellos que optaron por seguir el camino de la oficialidad. Con el tiempo, esta labor de denuncia pesó más en la opinión pública y en la voluntad del Gobierno por resolver de manera pacífica la crisis.

Finalmente, el conflicto chiapaneco ayudó a que se rompiera el control absoluto de la prensa por parte del Gobierno. Salvador Corro, subdirector de la revista *Proceso*, señala acertadamente que Chiapas, en lo político, debe ser considerado como el punto de inflexión de la caída del régimen encabezado por el PRI tras siete décadas de gobierno dominante. Aunque antes del enfrentamiento el priísmo ya había mostrado graves signos de agotamiento, es a partir de 1994 cuando la llamada “dictadura perfecta”, bautizada así por el escritor Mario Vargas Llosa, comienza a expresar las fracturas que desembocaron en el fracaso histórico de las elecciones de 2000.

El último espejo

Actualmente, los medios de comunicación y algunos periodistas mexicanos jugamos un papel protagonista en el escenario político del país. Gracias a las imáge-

nes grabadas y difundidas en televisión de las matanzas de campesinos de Aguas Blancas, Guerrero, en 1996, y de Acteal, Chiapas, en 1997, se pudo condenar a algunos de los responsables en los gobiernos locales. Pero este nuevo papel no se puede entender sin tener en cuenta lo ocurrido en Chiapas a partir de 1994. La crisis chiapaneca debe ser considerada como uno de los factores más importantes en los cambios que han sufrido los medios y los reporteros en México.

“El resultado más fascinante de la insurrección indígena-chiapaneca de los Altos y la selva chiapaneca de 1994 ha sido la apertura de espacios, en la opinión pública, para otras voces mexicanas”, apunta la historiadora Alejandra Moreno Toscano en su libro *Turbulencia Política*. No obstante, este periodo de desarrollo de los medios aún no ha concluido porque si antes muchos de los informadores y dueños de periódicos, revistas y estaciones de radio y televisión negociaban con el PRI para seguir obteniendo beneficios económicos millonarios, en 2000 esta alianza se produjo de nuevo con el Gobierno de Vicente Fox, surgido de la oposición.

En el futuro se verá si esta alianza de intereses se mantiene o si será posible romper con el espejo final e iniciar una nueva etapa política en la que periodistas y medios mexicanos se alejen definitivamente del poder de turno, sea del color que sea.